EL DIA

AÑO X. – Nº 418. – Montevideo, enero 19 de 1941.



Arroyo Aiguá.



Piriápolis. — Muelle Pescador.



Piriápolis. — La cascada.



Lavalleja. — Camino a la fuente del Puma.



Piriápolis. — La cascada.



Piriápolis. — Cerro del Toro.

Fotografías Ernesto Zander.

EL SUEÑO DEL CAUDILLO

RECUERDA Atalo en los escritos de Séneca, que "la memoria de los amigos perdidos nos es grata como el amargor en el vino añejo". Yo perdí a Rivera hace más de ochenta años, y sigo todavía tratando de intimar más, buceando en su alma, en un rastreo de sus desfallecimientos y sus altiveces. Con pudor me acerco a su muerte. Cuando ignoraba detalles, me decía que debió morir bien. Así lo hacen siempre los santos y los héroes. Y si de su santidad no podía estar seguro, lo estaba en cambio, de su temple heroico. Tenía que haber dejado la vida con entereza, y morir como vivió, sin que le faltara al tránsito leve, ni el reposo ni la serenidad. Después supe que así había muerto, en humildad sagrada, y en modestia que acaso no fuera más que una máscara de la resignación. A ellas llegaré, evocando sus horas oscuras, las de sus últimos años, más terribles por la soledad a que lo arrojaron, que por el propio destierro que se le impuso desde Montevideo.

Se le alejó a fines de 1847, porque gestionó la paz con Oribe, paz que hubiera sido personal, de caudillo a caudillo, al margen del gobierno de la República. Flores, que no tenía su talla, había escondido idéntico anhelo, entrevistándose más de una vez con Oribe, en una casita de los alrededores de La Blanqueada. El coronel Acuña había propuesto la paz al caudillo en nombre del jefe sitiador. El héroe del Rincón informó al Presidente Suárez, y los hombres de Montevideo contestaron con el destierro. Hacia Maldonado partió en el Maypú el coronel Lorenzo Batlle, Ministro de la Guerra, llevando en su cartera la nota que separaba a Rivera del ejército. Embarcado, llegó pronto el desterrado a Río Janeiro, para vivir en él siete años de martirio, antes de descansar.

No era el primer exilio. Hasta marzo del 46 había estado en Río, con recelos el Gobierno de la Defensa, temeroso también el del Imperio. Pero era un destierro digno, y podía cenar con Sarmiento, y chocar con el, y posar para Rugendas (1).

Antigua la animosidad de Andrés Lamas y Manuel Herrera y Obes contra Rivera. Representaba al caudillaje, y había que concluir con él. Mientras se encaminaba al Janeiro, Herrera y Obes se lo definía a Lamas, Ministro en Río, con esta frase: "El hombre está loco, aunque ésto no es nuevo para mí".

Poco después de llegar, se le impone residencia fija dentro de la ciudad. R. D'Assis le escribe: "Usted debe vivir en el Hotel de Italia". Hasta entonces se había acogido a la cordialidad de la familia Mello é Souza, rúa do Carmo 43, donde se le había alhajado un pequeño cuarto. Al principio, sin recelar mala voluntad, Rivera visitaba a Lamas. Pronto dejó de verlo. El entendimiento de éste con Herrera y Obes, lo llevó a declararle a Rivera su deseo de que no se incomodara más en llegar hasta la Legación. Podía escribirle en caso necesario. Y en carta privada: "Le guardaré consideraciones por respeto a mí mismo".

Se le deja en libertad un día de 1848, es decir, se corre los cerrojos del hotel, devolviendo al desterrado el albedrío de retornar a la calidez del rincón de la rua do Carmo. Allí **vive** dos años. Dos años de estrecheces, sin pensión, la que le llega recién cuando termina el año 50. Revive el general. Ya pasa temporadas fuera de la ciudad, en la chacra de Brejo. Pesca, monta a caballo, fuma de nuevo, parece empezar a sentirle gusto a la vida.

—"Los hombres nunca son demasiado malos" le dice Rivera a su amigo Melho, en una sobremesa de febrero del 51, aludiendo a que parece que sus enemigos quisieran dejarlo tranquilo. Mientras su optimismo se desborda, golpean a la puerta. Es un oficial, quien ordena: "El general debe presentarse en el acto en casa del Prefecto". Sin cambiar su ropa sube al carruaje que lo espera, y en él llega al Puerto. La fortaleza de Santa Cruz acababa de abrir una celda para su nuevo preso.

Se equivocaba Rivera. Siempre encuentran los hombres el momento oportuno para ser más malvados.

¤

El libro de entradas de la fortaleza—pág. 123—registra la filiación del general. Más que un presidio es una tumba. El mar bate esas celdas chicas ahuecadas en roca, y el calor del trópico se cuela tumultuosamente en las venas del preso. 200 criminales encadenados comparten y sufren esa prisión tremenda.

Una carta del general da una idea de cómo sería aquel régimen infernal. Grita su alegría: ¡ha conseguido "bañarse dos veces en una tina!". ¡Qué terribles tienen que haber sido los pensamientos del confinado, en la enorme soledad del presidio! Apunta los momentos **felices:** aquel en que se le ha permitido conversar con otro preso, y éste, inaudito, en que lo sacaron a dar una vuelta, unos centenares de metros, alrededor del presidio, ¡y no quería volver, porque el mar lo atraía!... (2).

En la celda puede dar pocos pasos. No los ensaya. Lo pasa echado sobre el camastro, no cerrados los ojos, en una vigilia siempre angustiosa.

—"¡Mátenme, lo prefiero!"... llega a escribir en un minuto de desesperación. Nada lo atrae ya. En cierta ocasión le llegó un paquete. Repartió los cigarros y los dulces, reservándose un libro del que esperaba una distracción que no le llegaría.

Cuando se enteró de la paz de octubre lo envolvió la esperanza. ¿Cómo, si el general Oribe quedaba suelto, dueño de sus horas, después de nueve años de haber dirigido el cuchillo de caza al corazón de su madre, podría él, brazo siempre tendido contra la tiranía, quedar encerrado en la roca terrible de Santa Cruz?

Y aquí lo inesperado. El gobierno del Uruguay levanta el destierro de Rivera, pero el Imperio no lo suelta. Ha de seguir encerrado, para seguridad del país que le brinda su **hospitalidad,** su generosa hospitalidad, en las horas sombrías. Le dice a Lavandera que ha ido a buscarlo:

—"Ya lo ve; mis nietos se llevarán un día mis huesos viejos desde un rincón de esta fortaleza".

Y pasa un año antes que "O Jornal do Comercio" escriba dos líneas perdidas entre avisos de segunda página: "O Governo espedío ontem as necesarias o r d e n s para ser soltado o general don Fructuoso Rivera".



RIVERA en sus últimos tiempos, por Blanes.

¤

Al fin lo recibe el Emperador un día. Conversa largamente con él, y ese recuerdo ha de sostenerlo todavía. Pide poco al destino, mientras prepara la vuelta a la patria lejana: "yerba paraguaya, y cigarros acondicionados con trébol".

¿Qué otra ofrenda puede esperar de una tierra que no supo acortar la soledad paraguaya de Artigas?

Lo que llega, el mar se lo trae. Es un abrazo, el de Melchor Pacheco y Obes. Venía de París, después de haberse batido por la dignidad de estas tierras de indios.

Y en ese mes de mayo de 1852, el destino le concedió a esos hombres tan mimados por la gloria y por la desgracia, unas horas de charla junto al mar. Habían sido enemigos en los pasados días de la Defensa. Ahora Pacheco, que como Rivera, es un bacilar, cae en cama. Y Rivera lo cuida, y lo hace convalecer, prodigándole hasta su áspera ternura.

Más tarde han de concurrir los dos al banquete con que recuerdan el 25 de Mayo, y lo estiran, en un deseo de olvido, en que consigue él borrar hasta la sombra del barrote. Porque ese banquete de sobremesa interminable alcanza el filo de la medianoche, y en él caben los brindis



Iglesia de la Unión, demolida actualmente, donde se veló el cuerpo de Rivera, en la noche del 19 al 20 de enero de 1854. La fotografía lleva la firma de Rubén Darío, fechada en Montevideo.

más inesperados, en los que Pacheco vuelca su romanticismo, su melancolía Rivera, y Benigno López su tristeza escondida. Es su última fiesta. En agosto de 1852 el general cae bruscamente. El cuadro descripto por el doctor Cándido, es el de la hipertensión. Una sangría discreta mejoró al enfermo que había sufrido una hemoptisis, en ese momento, favorable. Recuperó pronto la palabra, no quedando ni rastros de su afasia. Los doctores Geraldo y Barboza certificaron luego la desaparición de la gravedad inmediata.

Con un abrazo se despide Melchor Pacheco. Rivera le ha cargado con cartas sus bolsillos. El alma de Pacheco lleva amargo lastre. Parece más viejo. Apenas alcanza los 43 años. Vuelve a la patria que tantas desventuras le ha deparado, como al otro. Va a voltear a Giró.

☼

Rivera queda solo, los ojos vueltos hacia la patria. Pronto prepara sus maletas. Ya está en Yaguarón. Allí le llegan los ecos del conflicto del 18 de julio.

—"Apresúrese, gane Montevideo", le aconseja, oportuno, el coronel Costa.

Pero ya no tiene prisa don Frutos. Junto a él, después de siete años de angustiosa separación, está Bernardina que ha corrido a su encuentro. Lo ve y se espanta. No es él! La piel y los huesos le quedan de su antiguo esplendor físico (3). Pasa los días acostado, tosiendo. Tiene fiebre, es fatigosa su respiración, aumentan los sudores nocturnos. Aquel cálido apretón de manos, es sólo un recuerdo del Rivera que empieza a desvanecerse.



Coronel Brígido Silveira, que debió conducir a Rivera desde Melo a la capital.

Su mano, flaca y fría, apenas estrecha ahora la del amigo que llega a entonar su ánimo. Cuando conoce la noticia de la Constitución del Triunvirato, decide volver. Bernardina se le adelanta para preparar la casa del Arroyo Seco, para iluminarla con todos los candelabros por si llega en la noche. Ya es **suyo.** Tanto se le escapó en la mocedad y en la madurez bien dotada, que se siente feliz, **ahora,** cuando la vida se lo entrega entero, para su ternura casi maternal. Una posta la espera, y mientras cambian el tiro, la mujer descansa a la sombra de los arrayanes florecidos. La flor marfileña ha de caer muy pronto y el fruto ya está cuajado en la rama que se prepara para la comba. Han de arrancarle su amargor los soles; cuando llegue hasta la sed campesina, sólo ha de ser dulzura. Así alcanza a su hombre doña Bernardina. Siempre fué suyo, pero no pudo impedir él que su donjuanismo fuera dejando huellas a lo largo de los caminos de su tierra. La flor cayó con la juventud. Ella tendrá el dulzor. Ha llegado a tiempo la paz. Lo ha recobrado. Lo ha recobrado, como a un hijo muy querido, que vuelve...

☼

El empieza a convalecer. Ya monta a caballo. Volverá muy pronto. En Santa Lucía, pasando un descanso, está Pacheco y Obes. ¡Dulces recuerdos para Rivera! Allí trenzó el idilio con Ramona Fernández. Allí le nació su hija. Abrazará al viejo compañero de la Defensa, y entrará con él a Montevideo, y llegarán juntos hasta la casona de la calle Zabala, y será un olvidarse para siempre del pasado terrible y cercano, porque en ella están el compadre Juan Antonio y la comadre Anita..

No. Lavalleja se le escapa en la muerte, y él está muy viejo para que la noticia no lo derrumbe. Ya no puede esperar. Le parece que si no regresa en seguida, no llegará. Que le envíen a Brígido Silveira para que lo acompañe. Lo mismo había pensado Flores, y Silveira se pone en camino, espoleado por la orden de don Venancio, y por el deseo de don Frutos. Un cólico hepático lo atormenta, terminando ya octubre, pero noviembre lo sorprende con el olor, que él tanto conoce, de las gramillas orientales. Una ola de recuerdos lo asalta. No ignora ningún pasto de su tierra, los que visten los campos de sus victorias y de sus derrotas. Los trebolares de Guayabo en el Salto, los palmares de Rocha, la espadaña de India Muerta, donde sintiera un día el filo de la cuchilla de Urquiza sobre la nuca. La comitiva avanza con lentitud. En pleno verano las lluvias le van atajando el paso. ¿No llegará el baqueano a la posta del Avestruz, donde lo espera un fulgor de Cagancha, encarnado en la recia figura de Anacleto Medina? Llega, sí. Y Medina le prepara una revista heroica para su honor y su regocijo. El General ve desfilar la división sentado en silla de cuero crudo, y revive la epopeya que ya empieza a esfumarse. La carga del Rincón, el ascenso de Las Piedras, la estratagema del Ibicuí, que le dió las Misiones, y la astucia del Aguila, y el horror de la matanza de Arroyo Grande... Carga su pasado como un liviano fardo. Con él se va acercando a Melo. Es el día 11 de enero de 1854. El caserío está muy cercano, del otro lado de ese hilo de agua que dios parece haber puesto allí para su fiebre. No lo pasa. Bartolo Silva le ofrece con tanta efusión su pobre rancho, que en él se queda, marcándolo para la gloria y para la leyenda. ¡Lindo paisano don Bartolo, por quien conociera 25 años antes a María del Carmen, su hermana, en una lejanísima visita al Tacuarí, visita hecha luna de miel por la vara del hechicero, y de la cual, como premio y recuerdo, él recibió la ofrenda de sus mellizos Cayetano y Fructuoso!...

Es casi su cuñado, y es el hospedador. En su rancho cabe poco, apenas si dos noches..., y una agonía.

Lo más penoso de esa agonía es la ausencia de una mujer, cuando el moribundo se llama don Frutos y ha tenido tantas mujeres en su vida... Sólo soldados rodean al guerrero que ha combatido casi medio siglo. Para secar su frente está el mayor Gadea. Hombres oscuros y sin historia son los últimos que lo ven. Navarrete, Mestre y Fernández cumplen su junta médica en la madrugada, y él los ve moverse en la sombra como fantasmas.



Doña Bernardina Fragoso, y el mayor Pablo Rivera, hijo del general.

Nunca ha habido una noche tan larga... El respirar fatigoso es entrecortado a veces por una calma que debería intranquilizar a los que velan. No hay estertor, ni hay realmente agonía. La mirada del hombre que va a morir, vaga por el rancho de adobe; su oído recoge el enorme silencio del campo. Dos candeleros de bronce sobre la mesa de algorrobo; pocas sillas con asiento vacuno; descansando de un clavo, el látigo de trenza que levantó en Cagancha para pedir a los suyos la vida de los vencidos. Las horas parecen arrastrarse.

Entra al fin por la puerta del rancho, la claridad primera del día trece. Como si hubiera tenido con ella una cita, envuelto en su resplandor, se quedó dormido...

M. FERDINAND PONTAC.



El coronel Bardesio en el lugar donde murió Rivera. Como se ve, no hay rancho ya, demolido en 1895.

NOTAS.—

(1) El Suplemento de "EL DIA" del domingo pasado dió la nota sensacional, reproduciendo el dibujo que el artista alemán Rugendas tomó del natural, en Río, en marzo del 46. Por él se sabe, definitivamente, cómo era Rivera.

Este hallazgo anota un triunfo para el doctor Fernández Saldaña, iconógrafo de Rivera, que en la pág. 66 de su libro impreso en 1928, casi aseguraba que el retrato de Betinotti era el de mayor parecido con el General, creyendo que Rivera había posado "algún momento delante del artista". La comparación del Betinotti y del Rugendas, debe ser halagador para nuestro colega del Suplemento.

(2) Tal vez se haya exagerado las narraciones, porque Rivera fué en realidad un preso distinguido. Lo seguro es que respiró el presidio.

(3) El coronel Solsona atestiguó ese aspecto final, y alguien —no sabemos quién— comentó su presencia en la revista militar de Anacleto Medina, diciendo: "Parecía un Ecce Homo".



Feria dominical en un pueblo cerca de Trenja. Colombia.

DE CARACAS AL TEQUENDAMA

LA EDUCACION EN COLOMBIA Y LA OBRA DEL DOCTOR NIETO CABALLERO

UNA figura vigorosa y clara, domina el movimiento cultural de Colombia. Bogotá nos ofrece de inmediato la revelación de Don Agustín, el ilustre Rector de la Universidad, y fundador hace 26 años del Gimnasio Moderno. Nuestro viaje a Colombia respondió al anhelo de conocer de cerca a esta personalidad que nos dejó en Montevideo un resplandor de su experiencia pedagógica de una década y ésto ocurrió hace justamente 16 años.

Desde entonces, sin haberlo tratado personalmente en nuestro país mantenemos un vínculo cordial de comunicación sobre los resultados de las exprliencias de las Escuelas Experimentales del Uruguay y de Venezuela y del Gimnasio Moderno de Bogotá. Con ser admirable y sorprendente la Colombia cósmica y humana, ese deslumbramiento de los Andes y la visión de sus pueblos, de los hombres enraizados como plantas a sus faldas, queda superada, en nuestra impresión con la presencia de un gran espíritu que ha servido con eficacia dando desde su corazón las más puras energías por la cultura de su pueblo.

Tan pronto se entera de nuestra llegada acude con cariño al hotel donde nos hospedamos en la fría Bogotá. Lo vemos con admiración, recibimos emocionados su saludo caballeresco y fijamos su imagen; es hombre vivaz, simpático, de poco más de cincuenta años, algo calvo, rosado de cara, pequeño pero de complexión normal en robustez y salud, inquieto, muy afectuoso, fino y cordial. Desde ese instante nos muestra con gran naturalidad y modestia el panorama de su obra, cuyo notable alcance presta a este hombre un relieve conmovedor. Hace 26 años fundó con sus propios recursos una escuelita nueva, que fué su Gimnasio Moderno de Bogotá. Había visitado las escuelas nuevas inglesas y tratado a Cecil Reddie, y a otros pioners, llegándose por propia inspiración al Congreso de Educación de Bruselas, donde conoció al Dr. Ovidio Decroly cuya doctrina metodológica inspiró su acción educativa, a través de un cuarto de siglo. Regresó a Colombia trayendo consigo educadores de las nuevas tendencias costeándolos de su propia fortuna, la que en el constante hacer de cinco lustros ha sufrido el correspondiente quebranto; sabemos que el Gimnasio Moderno va dando ya una pérdida de cuatrocientos mil pesos colombianos, unos doscientos cincuenta mil dólares. ¡Qué grave error cometería un pueblo al juzgar por sus balances económicos una obra del espíritu! El instituto creado por Don Agustín, así se le llama en todas las esferas donde actúa, ha enriquecido en cambio, de incalculables valor el acervo cultural de la nación y la ha dotado de nuevas energías que operan en todos los sectores de la evolución social. Así lo ha consagrado Colombia.

En nuestra visita hemos conocido a los ex-alumnos del Gimnasio Moderno, nos los ha presentado el propio Don Agustín; son ahora Decanos de las Facultades Universitarias, de las que es Rector, el infatigable fundador del Gimnasio; otros pueblan sus cátedras como profesores.

Este ilustre Rector que nos mostró el kindergarten de su Gimnasio en un pequeño kiosko de madera — solamente hay 20 niños — nos llevó más tarde a la Ciudad Universitaria construída en un predio de más de 200 hectáreas fuera de la ciudad. Allí ha congregado todas las Escuelas Universitarias en un ambiente único, de calma, alegría y sencillez, que sugiere una prolongación del medio educativo del Gimnasio, incluyendo las residencias de estudiantes inaugurada pocos días antes de nuestra llegada, que recuerda el internado gimnasial.

En la Ciudad Universitaria se perciben trazos profundos de sentido unitario de la Cultura que ya define el propio Rector:

a) Fines docentes; b) fines de investigación; c) fines de aplicación (económicos, de utilidad inmediata al servicio público). Y al pasar por las distintas escuelas sus decanos y sus profesores, nos van indicando los hombres, y los servicios consagrados a la investigación, a la docencia, a la faz práctica.

Magníficos hombres, jóvenes en su mayoría, llenos ya de labor propia, enajenados en su función de cultura; magníficas dependencias, dotaciones espléndidas, organización pulcra. El Rector, figura simpática y ágil, visita diariamente todas las dependencias; en todas partes se le recibe con el mismo gesto familiar del Kindergarten. El vela sobre las direcciones de sentido acordemente ajustadas por sus colaboradores brillantísimas pero hace también los detalles, la percha que se acabará de pintar para el cuarto estudiantil de la residencia; o una incidencia escolar de un alumno que ha caído en el Gimnasio.



Las jóvenes normalistas internadas de La Picota — Bogotá — nos hacen oír los cantares de su tierra.

Mientras está fundando sobre nuevas bases lo existente, va creando nuevas formas. Así, nos mostró el enorme local de la Facultad de Medicina, construído hace tiempo en el casco urbano de la ciudad, donde aun funcionan cátedras y donde están instalados la Rectoría y el Consejo Universitario. Allí está marchando ya una Oficina de Orientación Profesional, a cargo de la profesora española señora Rodrigo, quien nos enseñó sus cuadros que abarcan el examen de orientación y disposiciones de más de 2.400 estudiantes. Se funda así un contralor del ingreso a las facultades cuyo resultado hasta el momento no presenta allí inconvenientes serios, pues se ha comprobado una distribución bien racional del alumnado en las diversas Escuelas de la Universidad.

En la misma Facultad funciona el Servicio Social Universitario, institución que incluye obligatoriamente a todo el estudiantado, y cuyo papel consiste principalmente en una atención sistemática, regular y efi-



Bogotá. — Ciudad Universitaria. Residencia de Estudiantes.

ciente de la salud del estudiante, el que resulta así controlado en muchos aspectos de su vida privada y cuidado en los hospitales y clínicas dependientes del servicio social; él puso de relieve la necesidad de la residencia de estudiantes al conocer los detalles de la vida estudiantil privada; principalmente para los alumnos procedentes del interior.

El mismo servicio atiende un riguroso control de la vida intelectual desde el punto de vista de los cursos del joven universitario, en registros gráficos magníficos que pudimos apreciar.

Visitamos luego en detalle la Facultad de Veterinaria, el Instituto Botánico y Zoológico, la Escuela de Educación Física, la residencia de Estudiantes, el Gran Estadio, y la Escuela de Derecho, limitándonos a apreciar las otras sólo exteriormente; algunas de ellas en construcción aquí en la Ciudad Universitaria. En nuestro carnet de observación anotamos simplemente "En todas las dependencias se nota gran actividad, y el mismo nerviosismo e interés del Dr. Nieto Caballero". (Del 3 al 5 de agosto de 1940).

EL DIRECTOR GENERAL DE EDUCACION

Don Agustín ha disfrutado de uno de los más raros privilegios para lograr la obra que no lo encontró remiso por cierto.

Reconocida su intensa acción que dió prestancia a su país en todo el mundo, lo saludan los gobiernos de su patria con admiración y consideración.



Instituto Pedagógico de Bogotá, donde funciona la Escuela Normal de Maestras en un amplio y bello local.



Páramo de Almorzaderos en la carretera Cúcuta-Bogotá. Lucen florecidos los frailejones, plantas que solamente viven más allá de los 3.000 metros de altitud. Los de este páramo son particularmente desarrollados.

El Presidente Alfonso López lo recibe con palabras tan bellas como: "porque has hecho creer en el extranjero que Colombia es como tú".

Ya en el país no se le da un Ministerio cargo que puede ser breve sino que se le crea la **Dirección General de Educación**, comprendidas todas las ramas. Don Agustín, pedágogo de vocación y de mundo, empieza por las bases, por la educación primaria. Con la experiencia de su Gimnasio reune después de visitar a todos los maestros del país, a cincuenta de los mejores, a los que ilustra durante un tiempo en Bogotá en cursos especiales, y con estos cincuenta maestros funda escuelas normales en todo el país.

Así lo vemos luego transformar los programas primarios, siendo hoy familiar a todas las escuelas de Colombia el tipo de Escuela Activa de los centros de interés, de la observación y del ejercicio de la actividad espontánea.

Encara asimismo el problema de la educación rural, logrando realizaciones cautivantes.

Dos soluciones típicas se presentan: la educación rural por grupos de maestros especializados, llamados misioneros rurales que es la creada por Méjico y adoptada en parte por Venezuela, y la del maestro único, casi diríamos solitario —tanto nos impresiona su destino— que elige Colombia. Este país pretende resolver el problema de la educación rural con una maestra solamente puesta en el medio campesino. Gran curiosidad y respeto nos inspiró esta idea y quisimos saber qué formación recibían las jóvenes destinadas a tan importante misión. El doctor Nieto Caballero nos cnodujo a la Escuela Normal Rural de La Picota, a diez kilómetros de Bogotá, fundada durante el período de reforma de su dirección, correspondiendo a Don Agustín, hasta la elección del paisaje, pues ha de saberse que este hombre de acción, dinámino y fervoroso, es un esteta de la naturaleza; el Dr. Nieto Caballero ama los paisajes de su tierra, que sabe enseñar admirado al visitante; elige sitios para las almas que se abren y coge los más hermosos. Nos cuenta con cuánto cariño con el señor Presidente de la República realizaban vuelos en avión para elegir el sitio de la Ciudad Universitaria, y hoy, cuando nos acompaña nos va llamando la atención sobre los incomparables cuadros de belleza que ofrecen las sierras bordeando la dilatada Sabana de Bogotá.

Y bien, en la Normal Rural de La Picota, estudiando su ambiente, los medios de formación, sus métodos y su espíritu, comprendimos que en esto también están bien encaminados y actúan sobre bases sólidas los reformadores colombianos. Nosotros dudábamos de que una personalidad única pudiera actuar como fuerza educadora en un medio complejo donde series de causas condicionan rutina, errores, barbarie. Pensábamos en nuestros maestros tan ilustrados y que no obstante en los medios rurales son ya tradicionalmente ineficaces desde el punto de vista de la exigencias del medio.

En fin: la Escuela Normal de Colombia se basa en el poder formativo del internado. Tres años en un internado ejemplarmente organizado, con recursos culturales y exigencias educativas vigorosas y claras en plena adolescencia, orientan las almas, las anudan con decisión a su destino y las proveen de medios variados para llevar de allí cenizas cálidas y llama para encender en la escuela del campo; así, esta solución se funda más en un eros que en una técnica, —pero todo está justamente equilibrado. A una cultura general amplia aunque no profunda, se agrega práctica efectiva en tareas rurales de toda índole sin excluir agricultura, crías, labores, cocina, enfermería; canto y música, además.

Salto del Tequendama.



Más que los valores así incorporados, obra allí la vida ejemplar del internado creando hábitos de vida en lo que a la higiene, al trabajo, a la vida social se refieren, realmente capaces de ejercer decisiva influencia en el hogar campesino.

Cuatro grandes escuelas de este tipo posee la nación en Málaga, en Popayán, en La Picota y en otra ciudad que no recordamos.

En La Picota, dirigida por la profesora María Cabrera, que ha estudiado en Estados Unidos, fuímos testigos de un orden admirable, y de un espíritu hogareño cálido y elevado, en las ciento cincuenta internas del plantel.

Se admira familiarmente a Don Agustín, y nos enseñan los mismos paisajes que ama aquel Maestro.

Ya anochecido nos obsequiaron un té, y oímos la orquesta de guitarras y tiples con que las niñas normalistas hicieron música pura de aquellas regiones celestes y cantaron su himno escolar.

Allí conocimos a la Sub-Directora señorita Beatriz Arboleda, maestra bien talentosa e ilustrada, sin duda destinada a un porvenir brillante en su país.

Las maestras comunes tienen su formación en escuelas Normales más exigentes en la cultura general y sin el aditamiento de las prácticas ruralistas. De ellas conocimos del Instituto Pedagógico, notable institución antigua que honra al país, ubicada en un gran local propia en plena capital; ahora cuenta con 210 alumnas internas, de las que 180 son becadas por el Estado. Los estudios duran seis años y está espléndidamente dotada de material adecuado, museos y gabinetes. Posee una escuela de aplicación con 600 alumnos, que visitamos con detención. Síguense allí las directivas de los centros de interés, basada la observación principalmente en las excursiones por el país, que facilita mucho el Estado dando pase libre a todos los grupos escolares de excursionistas que viajen con sus maestros.

El ambiente del Instituto Pedagógico es sereno, amplio, fundado ya; y enriquecido por la personalidad de una Directora —la Srta. Ester Aranda— que lo mantiene y eleva. Nos pide juicio crítico y lo acepta con fineza y amplitud ejemplares. El alma de Don Agustín se transparenta en este ámbito grande y sano de la patria; ¡Gran Colombia! Nombre bello y justo que creó el Libertador para todos estos pueblos llenos de grandeza, de amaneceres infinitos, sobre el bien estratificado ayer histórico!

SABAS OLAIZOLA.

21 DE ENERO DE 1793

LA cabeza de un rey, al caer, no merece mayor atención que cualquier otra, había dicho uno de los trescientos ochenta y siete diputados que votaron la muerte del rey Luis XVI. Esa escueta afirmación de fúnebre igualdad, no podía ajustarse a la estricta realidad, y no debe ser recordada sino como muestra de un sentir individual en el drama colectivamente ordenado.

Al decidir el enjuiciamiento y el suplicio del rey, la Convención, reunida en tribunal de Estado, entendía como representación legal del pueblo soberano, castigar no sólo a un monarca perjuro y traidor, sino también y sobre todo matar a la monarquía.

A los cuatro meses de vida, la primera república francesa impuesta por el irresistible pero desordenado empuje revolucionario, carecía aún de fe republicana. Había que crearla, difundirla y asentarla haciendo tabla rasa con las anteriores instituciones y su jefe representativo y efectivo.

Fuera de los partidarios todavía numerosos del régimen varias veces secular que, momentáneamente aturdidos e impotentes en el interior de la nación, guardaban sus esperanzas de restablecerlo, los monarcas europeos luchaban con sus ejércitos mercenarios para vengar la afrenta a sus coronas y abatir la república amenazadora.

Dantón, con toda soberbia, había gritado en la Convención: "echémosles en desafío la cabeza del rey destronado".

Tal fué, en resumidas cuentas, el fondo político y patriótico, la base social y nacional del proceso al ex-rey Luis XVI, encarcelado con su familia en el Temple.

El mismo día en que la Convención iniciaba los debates que debían resolver la dramática situación de Luis Capet, como todo el mundo llamaba ahora a Luis XVI, Dumouriez, general de las tropas republicanas, las llevaba, ardorosas y valientes, a la victoria de Jemmapes en suelo belga. La importancia indiscutible de la primera acción militar de la República, ya que la de Valmy fué más espectacular que eficiente, militarmente hablando, impresionó a toda Francia. En París, el pueblo se volcó en las calles y sobre todo en los jardines del Palacio Real, según era ya costumbre, manifestando su orgullo nacional por la victoria de los soldados voluntarios sobre los de las monarquías enemigas de la Revolución. Pero si los "vivas" iban a la nación, los "mueras' 'iban al rey. "A la guillotina Capet!" era el grito clamoroso de las multitudes. De todas las provincias llegaban al club de los Jacobinos peticiones sucintas y precisas reclamando el pronto enjuiciamiento de Capet y la sentencia de muerte exigida por el furor popular.

La mayoría aún indecisa de la Convención, tuvo que ceder a su minoría decidida a luchar y resuelta a vencer, imponiendo un veredicto implacable, mortal, en el proceso del monarca que tardaba por demás en iniciarse.

La diputación girondina, dividida y cambiante, oscilaba entre sus diversas tendencias. Sin embargo, el 6 de noviembre, el Girondino Dufriche-Valazé, miembro informante de la Comisión de los Veinticuatro, cuya misión era examinar los papeles reales de donde debían surgir las pruebas condenatorias, presentó su informe. Para el fogoso orador, el rey era un monstruo culpable de todos los males y de todas las traiciones. Mailhe, abogado en los tribunales de Tolosa, por ser menos apasionado que Valazé, era tan siniestro en sus conclusiones:

"Luis XVI debía ser juzgado.

La Convención era el único tribunal que correspondía".

Al abandonar la tribuna, Mailhe fué entusiasta y unánimemente aplaudido. La Convención dispuso que su informe fuera traducido a todos los idiomas para ilustrar la opinión extranjera, y que fuera distribuído en todas las comarcas de Francia y en los ejércitos de todos los frentes.

Si bien los Girondinos no ponían en duda la culpabilidad del rey, vacilaban todavía; temían comprometer su popularidad a los vientos borrascosos de las pasiones políticas.

Esos pobres grandes hombres, como los llamaba Louis Blanc, ultrajaban en palabras al rey prisionero, pero temían afrontar al "tirano" en su proceso.

Los Montañeses, enérgicos y convencidos ellos más que nadie de la culpabilidad del monarca, querían abatir la corona, abatiendo la cabeza que la llevaba. Ellos, se ha dicho, no podían creer en la realidad de la República, mientras existiera en oposición a ella, el estandarte de la realeza, signo de reunión de todos los conspiradores realistas. Algunos, más jóvenes y más arriesgados pretendían con toda audacia, que el rey podía ser ejecutado sin ser siquiera sometido al tribunal de la Convención. Un rey, afirmaba Saint-Just "se cree un ser aparte y obra como tal. Colocado porque sí, fuera y encima de la ley común, no tiene derecho, cuando vencido, a reclamar el beneficio de la misma. Lo que es aplicable a cualquier ciudadano, no lo es lógicamente a quien pretende estar por encima de un ciudadano. La realeza tiene que soportar el castigo de su insolencia. Para nosotros, el rey no es un acusado, es un enemigo. Se trata no de juzgarlo pero sí de abatirlo".

Si la tesis del diputado de veinticinco años era tan atrevida y absoluta, lo era en reacción contra opiniones que tendían a demostrar que el proceso era anticonstitucional.

El diputado por el departamento de la Vendée que muy pronto iba a sublevarse contra la República, sostuvo la tesis de la inviolabilidad real, Morisson, abogado, reconocía sin ambages que Luis XVI "había traicionado a Francia, que era perjuro, que su crimen era haber sublevado una parte de Europa contra la Revolución; que su trono estaba salpicado de la sangre de millares de ciudadanos degollados por su orden... Pero cuando cometió esos crímenes era rey e inviolable.

Lo digo con pesar, añadía, la ley es muda para con el culpable. Sea cual sea la atrocidad de sus culpas, no podemos juzgarlo legalmente".

No era, hay que confesarlo, mera casuística.

La Constitución de 1791, aceptada por el rey y muchas veces violada por él mismo, estaba aún en vigor. La reciente República no podía haber todavía estudiado y proclamado otra. Solamente en 1793, podrá votar una que quedará en suspenso, mientras dure la guerra, siendo dirigida la nación por el Gobierno revolucionario de Salud Pública.

La tesis de Morisson sostenía pues, que el dogma convencional de la inviolabilidad del rey era contrario a la razón, al interés público, pero que debía ser respetado.

Saint-Just subió a la tribuna. Su aparición causó sensación. La belleza femenina de su semblante, la rigidez de sus maneras, el tono metálico de su voz, lo impuso de inmediato a la curiosidad y a la atención de la Asamblea.

Dijo: "quiero probar aquí que el rey puede y debe ser juzgado. La opinión de Morison, que afirma la inviolabilidad como también la del Comité que sostiene contrariamente que se le debe juzgar como ciudadano, son, las dos, igualmente falsas.

El Comité quiso convencernos de que el rey podía ser tratado como cualquier ciudadano. Pues bien, yo digo que el rey debe ser juzgado como un enemigo; que se trata menos de juzgarlo que de combatirlo, ya que no estando para nada en el contrato que une a los franceses, las formas del orden judicial no pertenecen a la ley civil, pero sí a la ley del derecho de gente.

...Un día vendrá en que otros hombres que no tendrán entonces los mismos prejuicios que los nuestros, se extrañarán de la barbarie de un siglo donde fué como un algo religioso el juzgar a un tirano.

Se sorprenderán que en el siglo dieciocho se hubiese sido más temeroso que en los tiempos de César; aquel tirano fué inmolado en pleno Senado sin otra formalidad que la de veintidós puñaladas, sin otras leyes que la libertad de Roma! Y hoy, con todo respeto, se procesa a un asesino del pueblo... Los que dan alguna importancia al justo castigo de un rey, no serán nunca posibles fundadores de una república...

¡Juzgar a un rey como se juzga a un ciudadano!

Es una loca pretensión que asombrará a la posteridad.

No se procesa a un rey por los crímenes de su administración, sino por el crimen de haber sido rey... No se puede reinar con inocencia. Todo rey es un rebelde y un usurpador".

La Asamblea quedó como petrificada por la audacia del orador. El discurso, o más bien, la requisitoria de Saint-Just, imprimió a la Convención, al tribunal extraordinario que era, una norma más decidida y precisa, la que, desde ese momento, a pesar de los desvíos que fueron tanteados, no pudo más zafar de la línea recta impuesta revolucionariamente por la nación a sus representantes.

El americano Thomas Paine, miembro de la Convención, diputado por el departamento de Pas - de - Calais, no pudiendo expresarse en francés, mandó su opinión por escrito diciendo: "Debéis procesar a Luis XVI, no como individuo ni siquiera como rey obrando como tal, pero sí como un miembro de la gran conspiración urdida contra la Francia revolucionaria por los brigantes coronados de Europa".

Robespierre dijo: "No puede tratarse aquí de un proceso normal. Luis no es un acusado, no sois sus jueces, sois solamente hombres de Estado y representantes de la nación. No estais obligados a emitir una sentencia pro o contra de un hombre, pero sí a tomar una medida de salud pública, a ejercer un acto de providencia nacional, para cimentar la República naciente... Luis debe perecer para que viva la patria".

Luis XVI compareció delante de su tribunal. Respondió a las acusaciones, se defendió negando los crímenes que se le imputaban o afirmando que no eran suyos; sus ministros eran los culpables. No sabía o se había olvidado, discutiendo hasta las medidas u órdenes que llevaban su propia firma. Sus abogados defensores hicieron noblemente lo que pudieron. Desèze dijo con todo coraje: "Busco jueces entre vosotros y solo encuentro acusadores..." Saint-Just, Robespierre y muchos otros habían querido serlos. La causa estaba decidida. La sentencia se imponía.

Fué el 16 de enero, a las diez de la mañana que empezó la sesión que debía decidir la suerte de Luis XVI.

Acto formidable, dice Louis Blanc, sobre el cual dos veces bajaron las tinieblas de las noches. Acto con mil aspectos diversos, con audacias sublimes, visiones melancólicas, sangrientas... donde se pronunciaron palabras hasta entonces nunca oídas por ninguno de los reyes de la tierra; donde, lo mismo que el fanatismo, la piedad tuvo coraje; donde mujeres elegantes, soberbiamente ataviadas, asistieron sonrientes entre flores, donde prodigiosos desafíos fueron lanzados al viejo mundo, contra sus ejércitos en marcha, contra sus futuros vengadores, por hombres de acero bien templados.

Durante treinta y siete horas, sin interrupción, sesionó la Convención. Diputados y público, permanecieron en la sala. Se comía, se bebía, se galanteaba, se dormía. Los ujieres despertaban a los representantes vencidos por la fatiga cuando les tocaba el turno para emitir su voto. Al llamamiento de su nombre, cada diputado subía a la tribuna y de ahí, con voz vibrante o apagada por la emoción, la palabra absolutoria o condenatoria caía sobre el auditorio.

"¡La muerte!" era lo que más se repetía.

Algunos diputados justificaban con breves palabras su voto. Pero la inmensa mayoría, parca y resuelta, dejaba caer su sentencia: "¡La muerte!"

Vergniaud, el elocuente girondino, dijo sencillamente: "¡La muerte!"

Paganel: "Los reyes no pueden ahora ser útiles, sino por la muerte"!

Barére: "El árbol de la Libertad, dijo un antiguo autor, sólo crece cuando ha sido regado con la sangre de toda especie de tiranos".

Esos hombres, como bien se dijo, se acercaron a los límites del coraje humano cuando decían, desde lo alto de esta tribuna que se veía de todas las partes del orbe: "Voto la muerte".

Otro escrutinio nominal decidió que el rey sería ejecutado dentro de veinticuatro horas.

Fué autorizado a reunirse con su familia y, a su pedido, obtuvo un confesor de su elección, el abate Edgerworth de Firmont, quien rezó su misa y no abandonó más al rey hasta el momento del suplicio.

El 21 de enero de 1793, Luis XVI subió al cadalso levantado en la Plaza de la Revolución, antes Plaza Real, hoy Plaza de la Concordia.

El "pobre-hombre" como lo había llamado la reina en tiempo de su reino aún sin nubes, recobró firmeza y dignidad frente a la muerte.

A las diez y diez minutos ,el cortejo fúnebre llegó al pie de la guillotina. En el recorrido de la prisión del Temple hasta la Plaza, no hubo mayores incidentes. Una enorme muchedumbre cubría todo el trayecto entre doble filas de tropas. Reinaba un silencio casi absoluto. Hasta el último momento, el rey esperó que sus partidarios, según lo habían complotado, podrían arrancarle de las manos del verdugo Sansón. Pero no pasó nada.

Al caer la fatal cuchilla, Sansón recogió la cabeza y la enseñó al pueblo.

¡Viva la República! fué el grito lanzado por los ochenta mil hombres; soldados y civiles, que rodeaban la guillotina.

El voto de la nación estaba cumplido.

He visto, contó Mercier, testigo ocular, he visto desfilar todo el pueblo yendo de bracete, riendo, hablando familiarmente como cuando se vuelve de una fiesta. Se ha mentido al decir que el estupor reinaba en la ciudad. No. Los teatros fueron abiertos como los demás días.

El puñal de Brutus o la cuchilla de Sansón, dan cuenta de los tiranos.

La historia continúa. Aguardemos.

Jules BERTRAND.



Sanson muestra al pueblo la cabeza de Luis Capet. — 21 de enero de 1793 (De un dibujo de Monnet).



ROGELIO C. DUFOUR fué una figura de alta significación en el Batllismo, al que perteneció, y que con su pérdida se ha visto privado de un valor intelectual y de un altísimo valor moral, que desde muy joven lo habían hecho destacar llevándolo a servir al país desde la cátedra, ejerciendo el profesorado en liceos departamentales; en el periodismo, apóstol de los ideales democráticos por los que sufrió persecución y destierro; en el gobierno comunal de Colonia; en la Cámara de Representantes, durante varias legislaturas; y en otros puestos de labor y responsabilidad.

A sus virtudes cívicas y de hombre público unía sobresalientes condiciones personales, bondadoso, amplio de espíritu, preocupado del bien ajeno, y esas características que le ganaron la estimación de todos, han hecho que su fallecimiento, del que se cumple un mes el día 22, haya sido tan hondamente sentido.

JOSE IS



CAMPESINA EN LA LABOR DEL CAMPO.



AMAMANTANDO AL HIJO



MUCHACHA COSIENDO



PESCADORES ATRACANDO LA BARCA.



LEYENDO LA CARTA



E IS AELS

JOSE ISRAELS, pintor holandés, de familia hebrea (1824-1911), está considerado como uno de los mayores pintores holandeses y ha sido comparado con J. F. Millet. Como artistas, y como pintores en el sentido estricto de la palabra, ambos se inspiraron en la vida de los pobres y humildes, expresando con peculiar intensidad sus simpatías hacia los desamparados; pero Millet fué el poeta de la plácida vida campestre, y en cambio, en casi todas las obras de Israels encontramos una nota de dolor.

Empezó su carrera con asuntos históricos y dramáticos en el estilo romántico de la época. Habiendo ido a la aldea de pescadores de Zardvoort para reponerse de una enfermedad, le llamó la atención la tragedia diaria de la vida y a partir de entonces su arte fué realista, hondamente emocionante y lleno de piedad, representando una personalidad muy sobresaliente por su sensibilidad. Israels es el confidente del amor y del dolor de las existencias ajenas, los asimila y expresa sin tener en cuenta las condiciones generales de la vida, mostrándose solamente sensible e impregnado de las tendencias humanistas.

En unión de los hermanos Maris, Juan Bosboom, y Enrique Weissenbruch, fundó y fomentó la Escuela de La Haya, que infundió vida nueva en el espíritu de la antigua pintura holandesa.



HOGAR CAMPESINO



EL ALMUERZO



LOS BIZCOCHOS

FRANCISCO

Dibujo de AGUERRE.

FRANCISCO es ahora un hombre de cincuenta y cinco años, alto, delgado, calvo, parco en palabras y, aparentemente, sin interés por nada.

Estoy seguro, sin embargo, de que en su intimidad se oculta un puro y fresco manantial de emoción. Tiene Francisco un alma ambiciosa y ardiente, cuyos impulsos anula su acerada y misteriosa voluntad de "no ser".

No se me pidan pruebas de lo que digo. Lo he adivinado en las pocas palabras de Francisco, en su callar grávido de evocaciones, en sus ojos, que en algunos momentos se pierden en mundos desconocidos.

Y eso es, precisamente, lo que me decidió a escribir algo acerca suyo.

Cuando le comuniqué (hace dos años) mi proyecto, se extrañó:

—¿Qué ves de interesante en mí?

—Tu silencio, hermano.

—¡Vaya una ocurrencia!

—¿Me permites que escriba?

—Si es tu gusto... Pero ha de ser sin dar mi verdadero nombre. Tengo horror a las letras de molde. Además... la gente del pueblo... Tú me entiendes...

—De acuerdo. Te llamaré Francisco, ¿te gusta?

—No me importa. Y algo más: No me cansarás, como otras veces, con preguntas inútiles, porque no las contestaré.

—Está bien.

Cumplo hoy lo prometido. Y no me disculpo por la tardanza, porque tengo la certeza de que Francisco se reiría de mí.

*

Francisco es hijo (creo que el menor) de una vieja familia de mi pueblo. De aquellas buenas y sencillas gentes que querían vivir y morir donde habían nacido, como las plantas de su tierra. Como los cerros, siempre inmóviles. Como el molino, que se cae de viejo. Como el arroyo, que repite sin cesar la misma canción.

Francisco no pensaba así. Era, según se decía, inteligente, pero de "mala cabeza".

Cuando salió del colegio no quiso someterse a la disciplina del taller que le esperaba. Pronto sintió que el pueblo le quedaba chico.

Quince años tenía cuando fugó de la casa paterna y se lanzó a conocer el mundo. Inútiles fueron todos los esfuerzos realizados para encontrarlo.

¿Qué buscaba en la vida su desbordada adolescencia?

Nunca he podido saberlo concretamente. Cuando interrogo a Francisco a este respecto, sale del paso con una frase vulgar en cuya sinceridad no se puede creer.

¿Con qué desengaño topó en el mundo, que mató en él toda esperanza?

Francisco calla cuando se lo pregunto. O me dice:

—No quieras hacerme objeto de poesía. Soy todo prosa, te lo juro.

Pero estoy convencido de la falsedad de su juramento.

Aquella fuga fué, durante muchos días, el tema obligado de los comentaristas pueblerinos y el motivo de las aburridas reflexiones de los moralistas al por menor.

Los padres lloraron, como es natural, la ausencia del hijo ingrato. Y también como es natural, se resignaron. ¿Qué más podían hacer?

El tiempo empezó a llover olvido sobre el asunto.

A veces lo recordaban noticias que venían sin saberse de dónde: Francisco estaba bien empleado en Buenos Aires... o en la más espantosa miseria en Montevideo... o preso... o enfermo...

En realidad, nadie sabía nada de él.

Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

*

Un día — casi diez años después de su partida — apareció de nuevo en el pueblo. Tan misteriosamente como se había ido. Se ignoraba de dónde venía.

Los padres eran muertos ya. Los hermanos estaban casados. El hogar, deshecho.

Francisco instaló un tallercito. Sin que nadie supiera cómo, cuándo ni dónde, había aprendido el oficio familiar.

Las gentes recordaron otra vez su fuga. Algunos lo fueron a ver, estimulados por la esperanza de oír relatos extraordinarios.

Pero a Francisco no le gusta hacer relatos. Muy pronto los decepcionó.

Yo, muy joven entonces ,también fuí a conocer a Francisco. Era para mí un personaje de novela.

Tuve la suerte de iniciar con él una amistad que, pese al tiempo y a la distancia, tiene hoy la misma firmeza de antes.

De nuestras largas y frecuentes conversaciones de aquellos días, sólo pude sacar en limpio que Francisco había vivido en varias ciudades del Uruguay, el Brasil y la Argentina. Conoció diversos oficios. Su orgullo viril le impedía quejarse, pero no era difícil notar que había sufrido.

¿Amores? Cuando le preguntaba ésto, Francisco cambiaba ,si podía, de conversación. Si no podía, me contestaba:

—Siempre hay mujeres en la vida de un hombre. Imagina lo que quieras. No puedo decirte más.

—O no quieres.

—Es lo mismo.

Sin dejarme vencer por el desaliento, seguía interrogándolo:

—¿Qué te arrancó del pueblo?

—El deseo de conocer un poco el mundo. ¿No hacen lo mismo los ricos? Yo, sin ser rico, viajé. Esa es mi hazaña.



—¿Crees haber ganado algo con ese conocimiento?

—No me lo he preguntado.

—¡Debe ser lindo viajar, ver otras gentes, otras tierras!

—En todas partes se vive, se trabaja, se muere...

—¿Por qué volviste al pueblo?

—No lo sé. Tal vez se vuelve siempre... o se intenta volver...

—Supongo que te quedarás en el pueblo.

—Me quedaré. Como los míos, envejeceré y moriré aquí.

—No se justifican a tu edad esas palabras, esa tristeza, ese desánimo.

—¿Qué sabes tú, que sabe nadie si se justifican o no? ¿Quién te ha dicho que estoy triste ni desanimado? Por otra parte, se tiene la edad que se vive. Hay quienes son todavía niños a los cincuenta años.

—Pues yo, me iré muy pronto de aquí. No puedo aguantar más esta vida.

—Cumple tu destino.

—Espero verte casado cuando vuelva.

—Espero que no vuelvas.

Cuando se hizo realidad mi proyecto (hace más de un cuarto de siglo), fuí a despedirme de Francisco.

Nos dimos un abrazo. Creo que él estaba tan emocionado como yo.

Pero no me dijo nada.

*

Cada vez que voy a mi pueblo, visito a Francisco.

Trabaja lo suficiente para vivir a cubierto de las necesidades.

Vive solo en una casita donde no faltan comodidades.

Muy pocos son sus amigos. En general, se le cree neurasténico o maniático.

—Cásate — le digo algunas veces. La soledad es mala consejera.

—¿Dónde voy a encontrar una compañera tan callada como ella? — me responde.

Tiene los mismos libros que le conocí al principio de nuestra amistad: Marco Aurelio, Séneca, Pascal, la Biblia, "La Divina Comedia"...

—Encuentro en ellos todo; ¿para qué leer más? — me explica.

Nadie le ha conocido novia. Sus paseos son al campo. Le gusta vagar por los cerros o echarse a descansar en el monte. No pesca ni caza.

—No soy asesino — dice, cuando se le proponen esos deportes.

Tiene dos canarios cantores que, según él afirma, son su radio, su club y su familia.

El pueblo se hace grande. Se fundan nuevos centros sociales. Se abren modernos comercios. Se levantan costosos edificios. Se les cambia el nombre a las calles. Háblase de la próxima demolición del abuelo molino. Los ingenieros han desfigurado al inocente arroyo que no ha cometido más pecado que el de cantar. A la vieja Cachimba la han remozado y le llaman ahora, me parece, Recreo Municipal. Los ómnibus gritan a toda hora su invitación al viaje. La prosa turística mancha la poesía del más hermoso de los cerros.

La gente, en fin, vive con más prisa y más ambiciones que antes.

El pueblo se transforma en ciudad.

Sólo Francisco permanece incambiado. Fiel a su ayer. Inmóvil en medio de la agitación que le rodea.

¿Sueña acaso? ¡Quién podría saberlo!

Lo cierto es que envejece. Y se irá un día con lo que calla, a contárselo a la tierra.

*

Antes de publicarlo, pensé enviarle este artículo a Francisco. Desistí luego de ello. Si se decidía a contestarme, sería, sin duda, para repetirme que no se explica que nos empeñemos en escribir después de todo lo que se ha escrito.

Que es, en definitiva, lo que dijo Anatole France :"¿De qué sirve añadir a todas esas páginas impresas algunas más? Sería mejor que no escribiéramos nada".

A pesar de lo cual, el buen Anatole siguió escribiendo.

Manuel BENAVENTE.

CINE



EL PECADO DE LOS OTROS

Exhibe actualmente cine Metro, la pintoresca historia de caballos de carrera en Virginia, a la que añaden interés las rencillas entre dos rancias familias del Sur de los Estados Unidos. Reune la película a Robert Young, Maureen O'Sullivan, Lewis Stone, Lynne Carver, William Gargan, etc.



VACACIONES DE AMOR

Renueva el martes su cartel el cine Metro, para presentar "Vacaciones de amor" con una nueva pareja romántica compuesta por Florence Rice y Dennis O'Keefe, que aparecen secundados por un grupo de intérpretes del elenco de la M.G.M.

SOCIALES



Señorita **AMALIA LUISA RUSKE BERGDAHL** que ayer contrajo enlace con el agrimensor señor Rogelio M. Villardino.



Una planta de las orquídeas más populares. La que presenta el grabado tiene 150 flores.

"ORQUIDEAS Y TURQUESAS"

Es indudable, que desde los primeros días de la creación del mundo, las cosas bellas ejercieron un poder especial de atracción sobre las criaturas humanas, y lo que en principio fué recreo de la vista o de las manos, más luego pudo ser objeto allegado al culto sagrado de los dioses, para venir en los tiempos modernos a seguir en lo mismo, pero ya bifurcando ese placer hacia el comercio... vale decir que es regalo para los tocados por la varita mágica de la diosa fortuna, que en su opulencia necesitan hallar motivos donde distraer sus ocios, demostrando al mismo tiempo en cada una de sus propiedades la indubitable verdad de su riqueza.

Claro es, que para complacer a los magnates aburridos de cuantas distracciones le ofrece la civilización, se mueven cientos y miles de otras personas que medran a su sombra, comerciantes que proveen antigüedades — a veces de muy dudosa vejez — lienzos famosos, joyas de raro o fatídico historial, o cuanto sea posible de indicar paciencia, dinero y gusto de contemplación que puede también llamarse orgullo, cuando nos muestran un sello usado de correo, que por pertenecer a una reducida emisión, nos dicn de paso que vale $ 10.000 el centímetro cuadrado.

He hablado del comerciante, que en casi todos los casos se lleva los beneficios por partida doble, ya que sirve solamente de intermediario entre quien logró la rareza y el maniático ricacho ávido por tenerla en su poder. A veces, para que una joya luzca en el pecho de una dama rutilante, es necesario que uno o muchos hombres expusieran su vida por lograla, en las profundidades de los mares, en las entrañas de la tierra, en lo intrincado de las selvas o tomando por asalto un templo pagano, cuyo ídolo custodia una piedra que es sagrada para toda una secta religiosa. Cuantas más dificultades tenga la empresa, con más ahinco y afanes se dedicarán a ella, y lo mismo luchará con los salvajes de los apartados rincones, que se dejará suspender sobre un abismo para lograr **una flor.**

De todas las flores, maravilla de la naturaleza, ninguna tuvo ni tiene sobre los coleccionistas la atracción que ejercen lás orquídeas, en procura de cuyas especies más raras, ha realizado el hombre expediciones sin cuento, adentrándose en las umbrías regiones del Matto-Grosso misterioso, recorriendo los bosques centenarios de Colombia o Ecuador, las peligrosas soledades de Java o Sumatra, pasando montañas, hollando nieves, cruzando ríos, sufriendo calores tórridos o fríos intensos... todo lo arriesga el "buscador de orquídeas" siempre a la caza de un raro ejemplar, que al hallarlo lo estremecerá de gozo, le temblarán las manos, y no dudo, que danzara en redor del árbol donde se encuentre suspendida la planta soñada, ya que la mayoria de las orquídeas son parásitas y su fecundación se produce por medio de los insectos.

Estas flores son en realidad comunes y desparramadas por todo el globo, habiendo clasificadas más de 15.000 variedades, entre las cuales las especies que se producen en regiones inaccesibles... que por ello mismo se buscan con más tensón, y en esas exploraciones se gastan miles y miles de pesos, que luego han de resarcirse con lo hallado, aunque no es la primera vez que toda una colección se echa a perder en el trayecto, por factores climáticos desconocidos para el floricultor.

Lo realmente curioso, es que de tantas maravillas como presentan los bosques tropicales de América, donde la gama polícroma se agota en tantas variedades de orquídeas, que se presentan al viajero o al explorador, como un arcoiris bajo la frondosa vegetación que las protege de los ardientes rayos solares, haya solamente **una**, que tenga utilidad comercial, que es la conocida vainilla, fruto de una variedad centroamericana que hoy se cosecha mucho en Las Antillas, viniendo al Plata casi todo lo que se consume de este oloroso producto, desde la bellísima isla de Haití, que la explota hace ya muchos años, siguiendo un proceso de estacionamiento desconocido en general.

Para tener una idea real de lo que puede implicar un grupo de flores, de vida por demás efímera, basta recordar que se han vendido colecciones de orquídeas en cien mil pesos... y que sus cultores dedican a ellas todas sus fuerzas y vida, como los cultivadores de tulipanes en Holanda, y una vez iniciado en su persecución, parecen presos por la atracción que ejercen sobre el humano... algo magnético, que sólo se puede explicar contando las fatigas de un buscador de orquídeas.

Para ello, y muy someramente, relataré los viajes de Roezl, quién considerando prudentemente sus propios intereses, se dedicó casi exclusivamente en sus últimos años a las orquídeas. Pero en el catálogo de sus hazañas, encuentro nuevos lirios, nuevas conéforas, convólvulos, fusias, agaves, cactus, begonias, savífragas, dalias, y una multitud innumerable de otras plantas. En una de sus expediciones envió a Europa 8 toneladas de orquídeas; en otra 10 toneladas de cactus, de agaves, de eonias y de orquídeas. Es pasmoso lo que hizo en punto a viajes, debiendo decirse que el principal objetivo de Roezl, consistió siempre en mantenerse alejado de los senderos que otros habían recorrido. Más de una tribu india, vió en él al primer hombre blanco, y muchas de entre ellas, no han visto después de él a ningún otro. Méjico fué el primer teatro de su correría, habiendo regresado a dicho país más de una vez. Cuba fué el segundo. Luego visitó sucesivamente a Panamá, la Nueva Granada, otra vez la Sierra Nevada y California, el Territorio de Wáshington, de nuevo a Panamá, Buenaventura (Colombia), el Valle del Cauca, Antioquía, la parte septentrional del Perú, tramontó los Andes, regresó a Buenaventura y de allí se embarcó para Europa.

Volvió a comenzar sus excursiones; principió por recorrer el Colorado, encaminándose luego a Nueva Méjico, a la Sierra Nevada, y a California, continuando por Centro América hasta Caracas, para atravesar toda Venezuela; volvió una vez más a Cuba de donde siguió a Veracruz; exploró el Estado de Oaxaca; se embarcó para Lima, luego cruzó de nuevo los Andes llegando hasta Tarma y Changamaga, regresó al Sud de Perú, recorriólo hasta el Lago de Titicaca; exploró Bolivia, atravesó los picos nevados, yendo a parar a las Yungas; tomó la vuelta a Lima y Arica, por tercera vez cruzó los Andes, visitó el Ecuador y regresó por el Valle del Cauca.

Imagine el lector, la fatiga y peligros que habrá pasado en este peregrinaje sin cuento, ya que si bien se utiliza en los traslados cualquier medio de locomoción, cuando el botánico se entrega a su labor, anda de continuo a pie.

Roezl falleció en Bohemia en 1883, rodeado del aprecio de todos.

◆

Hemos dicho, que el uso de los metales y de las piedras preciosas por el hombre, arranca desde remotas épocas, en que sirvieron para ornamento de su persona y de sus vestidos, para ir cambiando gradualmente a medida que su inteligencia avanzaba, y utilizarlos en ritos simbólicos asociándolos así a sus más íntimos sentimientos, como lo hicieron también, adorando astros y planetas, según Historia Precolombiana, en que sabemos se adoraba al Sol en el antiguo Perú y la Luna y la Estrella Solitaria en Centro América.

Muy pocos minerales, o casi ninguno, pueden tener más interés que la turquesa, especialmente para el hombre primitivo, empezando porque ella se encuentra en terrenos áridos, a donde sólo debió llegar el hombre en sus emigraciones, buscando mejor ambiente para su vida; la peculiaridad de encontrarse siempre en la superficie, que evitaba el trabajo de buscarla, y tam-





Mangos de cuchillos, para sacrificios, incrustados de turquesas. — (México).



Orquídea de la vainilla. Planta de México.



Emblema azteca. — Serpiente de dos cabezas, en madera con mosaicos de turquesas.

bién el tono del mineral, que va desde el verde al azul, creando en los desiertos donde se encuentra, la impresión de todo lo que busca incesantemente la mirada... es decir agua y verdura.

Unamos a todos esos factores, el de su relativa blandura que permitió ser tallada, con los toscos instrumentos usados hace cientos de años, y comprenderemos con facilidad, porqué han podido encontrarse magníficos trabajos en que esa piedra ha sido utilizada con arte muy adelantado.

Apenas descubierto este joven continente, los españoles entraron en contacto con las turquesas, si bien no les prestaron la atención que a las esmeraldas, pero fué don Juan de Grijalva que invadió la península del Yucatán, quien primero obtuvo algunos objetos adornados con esa piedra y un poco más tarde Hernán Cortés recibía de regalo de Moctezuma una serpiente de madera ornamentada con turquesas, que los aztecas usaban en sus ritos sagrados, representando la máscara de la víbora la insignia de Quetzalcoalt, misterioso dios y héroe de esa raza que al marcharse de este mundo se quemara en la cumbre nevada del volcán Orizaba.

Con ese regalo, el emperador consideraba al jefe español como reencarnación de aquella deidad, que según profecías antiquísimas regresaba del Oriente.

Las turquesas fueron usadas con profusión, desde Méjico hasta el norte de lo que es hoy República Argentina, pero en ninguna parte fueron labradas con tanto gusto y arte, como en la tierra de los aztecas, de donde se obtuvieron en los primeros tiempos de la Conquista, hermosas máscaras de madera, cubiertas por mosaicos de esa piedra, que fueron llevadas a Europa y están hoy, casi en su totalidad, en los museos de Londres, Roma y Berlín, a donde fueron a parar después de pasar por muchas manos de coleccionistas.

Según un escrito del profesor de Geología de EE. UU. Don Joseph E. Pogue, los primeros en usar las turquesas fueron los indios mejicanos, quienes para descubrirlas, se valieron en los albores de su existencia de un método muy simple y mucho más eficaz que la varita del rabdomante.

"Levantábanse muy de mañana, dice Pogue, y se encaminaban a una altura, desde la cual dirigían la mirada hacia el lugar por donde debía salir el sol, y una vez que el astro aparecía, miraban con cuidado en todas direcciones para descubrir el lugar en que podía ocultarse alguna piedra preciosa, tratando especialmente de descubrirlas en lugares anegados o húmedos, sobre todo en el momento en que el sol salía y en el que un ligero humo se elevaba muy alto, encontrando las piedras en el sitio de donde aquel se había escapado, tanto debajo de tierra, como dentro de otra piedra".

Muchas joyas trabajadas con turquesas se han encontrado últimamente al Sud de los EE. UU. especialmente en las excavaciones que se hicieron en Pueblo Bonita, del Cañón del Chaco, situado al Noroeste del Estado de Nuevo Méjico, figurando entre ellas millares de cuentas, pendientes, y multitud de objetos con incrustaciones de mosaicos.

Además de su empleo como adorno, las turquesas tienen entre los pieles rojas otras aplicaciones, creyendo por ejemplo los indios Navajos, que ofrendando muchas de ellas a la deidad que representa el viento, éste se aplaca en su furor, trayendo a continuación la lluvia que necesitan.

En la actualidad se trabajan poco las minas de turquesa, pero los indios de América Central siguen adornándose con ellas y es muy raro encontrar, especialmente entre los pueblos de Méjico, quien no lleve sobre su persona uno o varios talismanes de esa piedra preciosa, que desde hace siglos, tiene milagrosas propiedades para su imaginación simple de aborigen.

R. BELLANI NAZERI.



Recogiendo y seleccionando orquídeas en un rincón selvático de Venezuela.



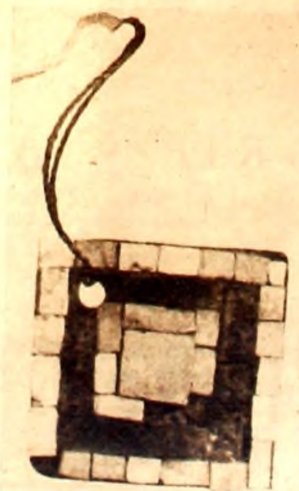
Instrumento musical indiano, hecho con un fémur humano y con incrustaciones de piedra.



Maravillosos macizos de orquídeas en El Salvador (C. A.).



Pendientes de linito incrustados de turquesas.







LAS OCAS

Todo está lóbrego y mudo;
Ni un solo pájaro se oye;
Blancos bajo el cielo opaco
Se extienden campos y bosques,
Y no más los negros cuervos,
De su presa buscadores,
Hincando el pico en la nieve
Aquella blancura rompen.
De pronto, clamor confuso,
Se oye allá en el horizonte,
Y se acerca, y viene, y llega,
Con bruscas palpitaciones.
Es la tribu de las ocas
Que, cual dardos voladores,
Alargando el cuello flaco,
Rasgan el aire veloces,
Azotándolo ruidosas
Con precipitados golpes.
La que las guía, cruzando
Mares, llanuras y montes,
Para que aviven la marcha,
Para que el vuelo redoblen,
Arroja de vez en cuando
Un graznido desacorde.
La volátil caravana
Como cinta suelta y doble,
Ondulando va en el aire,
Y se despliega y se encoje,
Y ensancha el extenso triángulo,
Que jamás se descompone.
Mientras sus pobres hermanas
Con paso trémulo y torpe,
Por el frío entumecidas
Los anchos prados recorren.
Niño harapiento las guía,
Y van a su imperio dóciles,
Meciéndose, cual si fueran
Pesadas embarcaciones.
De la voladora tribu
Oyen los agrios clamores;
Yerguen la cabeza, miran
Al cielo; absortas e inmóviles
Las ven pasar y perderse
Entre las nieblas. Entonces,
Quieren seguirlas, y en vano
Sus alas flojas y pobres
Agitan. Desesperadas,
Oyendo de aquellas voces
El reclamo, despertarse
Sienten, al tremendo choque,
La libertad primitiva
Dormida en sus corazones,
Y la fiebre del espacio,
Y de otros climas mejores.
Sobre la nieve, aturdidas,
Marchan sin saber a dónde,
Y lanzando, como locas,
Sus gritos desgarradores,
A las libres compañeras
Largo tiempo les responden.

Guy de MAUTPASSANT.

Ilustración de SIFREDI.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

DESGRACIA

























Casa Soler

SECCION TELAS BLANCAS

OFERTAS MUY VENTAJOSAS EN TELAS DE CALIDAD





MADRAS
CASA SOLER K 1
BUENA CALIDAD
ANCHO MTS 0.90
LA PIEZA $ 5.50











MADRAS SUPERIOR
CASA SOLER B 8
ANCHO MTS. 0.80
LA PIEZA $ 6.50

MADRAS
CASA SOLER B 4
SIN APRESTO
ANCHO MTS 0.85
LA PIEZA $ 8.00

BRAMANTE SUPERIOR
CASA SOLER T 1
ANCHO MTS. 0.90
LA PIEZA $ 8.50

MADRAS
CASA SOLER W 1
LA MEJOR CALIDAD
ANCHO MTS. 0.90
LA PIEZA $ 9.00

TODAS PIEZAS DE 18.30 MTS.

EN NUESTRAS TRES CASAS

SUC. CORDON
Av. 18 de Julio 1601
esq. Carlos Roxlo

CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302
esq. M. Sosa

SUC. GOES
Av. Gal. Flores 2341
esq. M. Berthelot

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS COMPRAS CONTRA REEMBOLSO

"PUBLICIDAD"